

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL \*

Geoffrey M. Hodgson \*\*

*A Bruno Gandlgruber*

Agradezco la oportunidad de escribir el prefacio en esta recopilación de mis ensayos traducidos al español.<sup>1</sup> Todos ellos fueron escritos en la década de 1990, importante periodo de transición en la economía como disciplina y en la evolución de mi pensamiento. Durante esa década uno de los mayores cambios registrados en la teoría económica fue el creciente interés hacia los enfoques evolutivo e institucional –ambos definidos en términos generales–. Si bien el origen de la “vieja” y también de la “nueva” economía institucional corresponde a décadas anteriores, fue en los noventa cuando el interés hacia ambas tradiciones del institucionalismo aumentó considerablemente.<sup>2</sup>

De forma similar, varios enfoques evolutivos de la economía aparecieron con mucha anticipación, sin embargo, en los noventa se registró un interés sin precedentes hacia estas ideas en todas las ramas de la disciplina, de la economía aplicada a los negocios, hasta el ámbito menos práctico de la teoría de juegos. En retrospectiva, los noventa fue la década en la que las ideas institucionalistas y evolucionistas alcanzaron el máximo nivel en la agenda teórica.

\* Traducción de Alberto McLean Rodríguez; revisión técnica de Bruno Gandlgruber y Arturo Lara.

\*\* The Business School, University of Hertfordshire, Mangrove Road, Hertford, Hertfordshire SG13 8QF, UK; [www.herts.ac.uk/business/esst/Staff/g-hodgson/hodgson.html](http://www.herts.ac.uk/business/esst/Staff/g-hodgson/hodgson.html). Dirección postal: Malting House, 1 Burton End, West Wickham, Cambridgeshire CB1 6SD, UK; [g.m.hodgson@herts.ac.uk](mailto:g.m.hodgson@herts.ac.uk) <http://www.geoffrey-hodgson.ws>.

<sup>1</sup> Mi gratitud se extiende a los responsables de la redacción, traducción y publicación de este volumen, y también a muchos amigos y colegas del mundo hispanohablante, por su cortesía, estímulo y hospitalidad intelectual. Esta introducción retoma algún material que está en proceso de elaboración.

<sup>2</sup> En Hodgson (2001) discuto con detalle la evolución de la economía institucional e histórica del siglo XIX.

Esta introducción está organizada en cuatro secciones. La primera analiza la principal limitación de la “nueva” economía institucional, que es discutida en algunos de los ensayos traducidos aquí, en relación con el individualismo metodológico que pretende explicar los fenómenos socioeconómicos en términos de los individuos exclusivamente. En ésta también señalo algunos de los trabajos recientes, elaborados bajo la tradición del “nuevo” institucionalismo, que han reconocido esta limitación y han avanzado productivamente con base en una agenda modificada. En la segunda sección critico la postura contraria, la del colectivismo metodológico, tal como se encuentra en algunas versiones del marxismo y otras corrientes. En la siguiente sección esbozo una tercera posición metodológica, en la cual tanto los individuos como la sociedad están mutuamente constituidos. En ésta también hago particular énfasis en los mecanismos por medio de los cuales las instituciones sociales pueden ayudar a reconstituir los propósitos y las preferencias individuales. En la cuarta y última sección explico cómo esta tercera posición metodológica ha influido en mi trabajo teórico y ha motivado el desarrollo de una agenda evolutiva con mayor alcance.

### 1. INDIVIDUALISMO METODOLÓGICO

El término individualismo metodológico es ampliamente utilizado, sin embargo pocas veces es definido y entre los esfuerzos por definirlo encontramos una gran gama de significados e implicaciones (Udéhn, 2001). Generalmente, el individualismo metodológico enfatiza al agente humano. De acuerdo con Ludwig Lachmann (1969, p. 94) significa que: “nunca estaremos satisfechos con cualquier explicación del fenómeno social si éste no nos dirige, en última instancia, hacia un plano humano”. Sin embargo, muy pocos científicos sociales negarían la importancia de los propósitos individuales en la explicación del fenómeno social. En otro esfuerzo, Jon Elster (1982, p. 453) define al individualismo metodológico como: “la doctrina según la cual, todos los fenómenos sociales (tanto en su estructura como en sus procesos de cambio) se explican, en principio, sólo en términos de los individuos –sus cualidades, metas y creencias”-. Si bien esta definición es menos banal, no es suficientemente precisa, ya que falla al no aclarar si las interacciones entre los individuos y las estructuras sociales son o no “características [...] de los individuos”. Si las interacciones entre los individuos y las estructuras sociales no responden a las características del individuo, entonces esta noción del individualismo metodológico, a pesar de ser más acotada y significativa, es inoperable por las razones que expongo a continuación.

En el debate sobre el individualismo metodológico gran parte de la confusión reside en saber si debe explicarse en términos de a) individuos solos, o b) de los individuos más las interacciones entre ellos, es decir, las estructuras

sociales. Si nos referimos a la definición b), muy pocos disenterían, sin embargo, esa noción tan inclusiva no justificaría el título de individualismo metodológico y aceptaría mejor el de “estructuralismo”. Si las estructuras sociales y las interacciones entre los individuos son parte esencial de la doctrina, eso impide dar al individuo representación exclusiva en la clasificación seleccionada.

Los intentos que buscan unir el fenómeno socioestructural con el individual generalmente se dificultan. Existen tres clases de problemas involucrados, dependiendo del tipo de argumento y la versión del individualismo metodológico. El primero se presenta al dar al individuo demasiada importancia explicativa. Por ejemplo, Stephen Jones (1984) y Ekkehart Schlicht (1998) tienen teorías interesantes sobre el conformismo y los hábitos. Sin embargo, su explicación respecto del origen de los hábitos y las reglas depende en gran medida del supuesto de que los individuos exhiben “preferencia por las reglas” o por el “conformismo”. Bajo esa teoría, el problema del origen de las instituciones es “resuelto” al llevar las cualidades de las instituciones hacia las preferencias individuales: mezclando el problema social con el individual. La explicación se sostiene únicamente en la propuesta de que los individuos han sido obligados a asumir características que conciernen a las estructuras sociales. Crucialmente, lo que no explican estas teorías es cómo los individuos adquieren esas preferencias socialmente inducidas.

Otros autores, como Robert Frank (1988), al intentar dar a las preferencias más importancia y significado, ponen énfasis en las emociones individuales. Proponen el “ser múltiple”; se considera al individuo como una organización social con múltiples voluntades (Elster, 1986). Nuevamente, estos trabajos contienen ideas valiosas, su problema es que construyen un individuo “aumentado” para sustentar la explicación principal del fenómeno social. Como Margaret Archer (1995, p. 251) observa: “Lo que está mal aquí es la incorporación desesperada en el individuo de todas las características sociales, así como el origen de las mismas”. En todos estos casos, la principal omisión es la incapacidad para explicar cómo y por qué el individuo adquiere las características asumidas.

En un segundo caso se admite fatalmente que los individuos pueden ser transformados de algún modo por las instituciones sociales; en tal caso el resultado inevitable es renunciar a ese individualismo metodológico restringido. La necesidad de explicar todos los fenómenos sociales únicamente en términos de los individuos se malogra al admitir que los individuos pueden ser transformados por las instituciones sociales. Por ejemplo, Friedrich Hayek (1948), quien es visto por algunos como promotor del individualismo metodológico, al mismo tiempo que admite que las personas son formadas por la sociedad, indica que sólo como individuos (intencional o involuntariamente) son capaces de constituir la a partir de la combinación de sus acciones. Así, Hayek (1948, p. 6) busca explicaciones del “fenómeno social [...] explicando la acción

individual”; pero declara en la misma página que la sociedad está compuesta por “hombres cuyo carácter y naturaleza completos están determinados por su existencia en sociedad”. Así como ofrece un “análisis individualista” del fenómeno social, considera también que los individuos tienen que ser entendidos según sus circunstancias sociales. Por tanto, el individuo sólo nos da la última primacía explicativa. Eso hace que Hayek pueda ser considerado un individualista metodológico, al menos en un sentido restringido. Si se asume que el “fenómeno social” está explicado por la “acción individual” y que el individuo está “determinado por [...] la sociedad”, entonces la causalidad tiene ambos sentidos. Esa definición del individualismo metodológico no rechazaría, tampoco, el calificativo de colectivismo metodológico.

La noción de que los individuos están socialmente determinados, socava cualquier intento por dar prioridad explicativa a lo individual sobre las estructuras sociales. Esto obedece a que el individuo socialmente determinado no puede proporcionar los principios explicativos fundamentales que requiere el individualismo metodológico. La sugerencia de Elster acerca de que “todo fenómeno social” debe explicarse “sólo en términos de individuos” es insostenible si los mismos individuos deben explicarse en otros términos, más que como individuos solos. Si se admite la influencia de las instituciones sobre los individuos, entonces éstas también requieren explicación. A su vez, la explicación de las mismas podría darse en términos de otros individuos determinados. Pero ¿dónde acabaría el análisis? Los objetivos de un individuo podrían explicarse a partir de las instituciones relevantes, la cultura, y así sucesivamente. Éstas, a su vez, se explicarían parcialmente en términos de otros individuos. Pero estos propósitos y acciones individuales podrían explicarse parcialmente con base en factores institucionales y culturales, y así infinitamente. Este tipo de análisis no tiene final. Una vez que admitimos que el individuo está socialmente determinado llegamos a un círculo vicioso en la explicación, en el cual ni los individuos ni las instituciones pueden proporcionar un final legítimo. Entonces, el individualismo metodológico debe ser rechazado (Nozick, 1977; Hodgson, 1988).

En un tercer caso –ubicado en la “nueva economía institucional”– se intenta explicar el origen de las instituciones a partir de la interacción entre los individuos, partiendo de un “estado natural” libre de instituciones. Por ejemplo, Carl Menger (1871) inició un análisis básico sobre el desarrollo de las instituciones. Escogió como ejemplo la institución del dinero. Menger parte de una economía de trueque; considera que el dinero surgió de forma involuntaria a partir de la comunicación e interacción entre los agentes individuales. El problema bien conocido del trueque es, en general, la falta de una “doble coincidencia de necesidades”. Para enfrentar ese problema, los comerciantes buscan una mercancía frecuentemente intercambiada y conveniente para usarla en sus transacciones. Una vez que su uso se vuelve predominante, sucede un proceso circular de

reforzamiento institucional. Para solucionar las dificultades del trueque, una mercancía monetaria, por ser usual y conveniente, es seleccionada, y se vuelve más usual y conveniente por ser elegida. Esa retroalimentación positiva origina la institución del dinero.

La discusión de Menger sobre el dinero ha sido interpretada como un intento por mostrar cómo algunas instituciones pueden surgir con base en la interacción de los individuos en un “estado-natural” libre de instituciones. Este tipo de explicaciones es evidente en la “nueva” economía institucional de Mancur Olson (1965), Richard Posner (1973), Oliver Williamson (1975, 1985), Andrew Schotter (1981) y muchos otros. Es interesante para mostrar cuán espontáneamente pueden surgir las instituciones, simplemente con base en la interacción entre los individuos, cada uno persiguiendo sus propios propósitos y preferencias. El énfasis está puesto en una argumentación “abajo-arriba” (*bottom-up*): dado un conjunto de individuos que están interactuando ¿cómo surgen las instituciones?

No debería negarse el valor de todos estos trabajos. Las ideas heurísticas sustanciales acerca del desarrollo de las instituciones y las convenciones se alcanzan con base en el supuesto de proponer individuos racionales *dados*. Pero aun en sus propios términos, hay serios problemas con este enfoque. Al intentar explicar el origen de las instituciones sociales, la nueva economía institucional tiene que asumir siempre individuos dados, que actúan en cierto contexto. Junto con el supuesto de individuos dados, se suponen también hábitos de comportamiento que gobiernan sus interacciones. Lo que suele olvidarse es que en el supuesto “estado natural”, en el que se considera que surgen las instituciones, importantes reglas, instituciones, normas sociales y culturales han sido supuestas (implícita o explícitamente). Esas instituciones, hábitos y normas originales son inevitables; aun en un hipotético “experimento pensado” nunca podríamos vislumbrar propiamente un “estado natural” original sin incluirlas, a menos que se pueda descubrir un estado natural sin instituciones. La intención de explicar las instituciones sólo a partir de las interacciones entre los individuos, enfrenta una regresión infinita: una infinita cadena de vínculos por ser revelados.

Hay una razón fundamental y particular por la que debe rechazarse la intención de explicar todas las instituciones con base en individuos en interacción a partir de un “estado natural” libre de instituciones. Todas las interacciones entre los individuos dependen inevitablemente de alguna forma de lenguaje –por rudimentario que pueda ser–. El lenguaje mismo es una institución. Los individuos dependen de hábitos y normas, y de la institución del lenguaje para interactuar. La comunicación interpersonal, que es parte esencial de toda descripción sobre el origen de las instituciones, depende por sí misma de hábitos y normas lingüísticas, y de otra clase. Un estado natural libre de instituciones es insostenible tanto teórica como empíricamente.

La elección individual necesita de un marco conceptual para percibir el mundo. La recepción de la información por parte de los individuos requiere de un paradigma o marco cognitivo para procesar y percibir la información. La adquisición de ese aparato cognitivo involucra procesos de socialización y educación; de la interacción con otros (Cooley, 1902; Mead, 1934; Fleco, 1979; Douglas, 1986; Hodgson, 1988; Bogdan, 2000). Al igual que el lenguaje, esas interacciones requieren de otras instituciones preexistentes. Los conceptos y elementos que nos permiten comprender el mundo son adquiridos necesariamente por medio de la interacción social. El conocimiento es un proceso tan social como individual. La elección individual es imposible sin estas instituciones e interacciones. No podemos entender el mundo sin conceptos y no podemos comunicarnos sin alguna forma de lenguaje. Lo que debatimos es la posibilidad de usar, como un supuesto válido de la explicación, individuos dados sin la presencia de instituciones. Los argumentos anteriores muestran que los esfuerzos que inician simplemente con individuos, realmente deben partir de los individuos más las instituciones. Las pautas del individualismo metodológico acotado pueden ser reveladas, pero no se les da continuidad.

Todas las teorías deben formularse a partir de supuestos, sin embargo, los problemas particulares identificados aquí minan cualquier defensa acerca de que el origen de las instituciones puede iniciar a partir de un ensamble de individuos, libres de algún modo de instituciones, en el cual, supuestamente, no hay reglas ni instituciones que deban ser explicadas. Consecuentemente, la intención de explicar el origen de las instituciones con base en individuos dados se dificulta, particularmente en relación con la conceptualización de un “estado natural” en el cual, se supone, surgen las instituciones.

La reformulación del proyecto tendría que enfatizar la evolución de las instituciones a partir de otras instituciones, más que de un hipotético “estado natural” libre de ellas. Notablemente, en años recientes importantes estudios se han desarrollado en esa dirección. Por ejemplo, Jack Knight (1992) critica gran parte de la literatura del nuevo institucionalismo por descuidar la importancia que tienen las consideraciones distributivas y de poder en el origen y desarrollo de las instituciones. Aun más claramente, Masahiko Aoki (2001) identifica el problema de la regresión infinita en gran parte de la literatura anterior y desarrolla un enfoque novedoso. Este autor no sólo supone como dados a los individuos, asumió también un conjunto de instituciones como dadas históricamente. Con base en ello, explora la evolución de las instituciones más avanzadas. En estos estudios se abandona el objetivo del individualismo metodológico restringido; algunas instituciones se toman como dadas, antes de procurar fusionar su explicación con la correspondiente al individuo.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Esto es lo que esencialmente hace la teoría de juegos. Se asume una matriz de resultados que expresa tanto las preferencias individuales como las circunstancias

En suma, los esfuerzos por fusionar la explicación del fenómeno social con el individual generalmente han fallado, porque algún “aspecto” social es simplemente asumido y, por consiguiente, no puede explicarse sin referencia a las relaciones o estructuras sociales; porque se admite que los individuos son definidos por las circunstancias sociales; o porque en realidad la teoría nunca parte sólo de los individuos.

## 2. COLECTIVISMO METODOLÓGICO

En la actualidad, las críticas y observaciones contrarias al colectivismo metodológico (algunas veces llamado holismo metodológico) son un lugar común. En contraste con la definición (limitada) del individualismo metodológico, el colectivismo puede definirse bajo la noción de que todas las intenciones o comportamientos individuales deben ser explicados en términos del fenómeno social, estructural, cultural o institucional.

Como en el caso del individualismo metodológico, nos interesan las doctrinas que pueden estar más cerca de esta situación extrema. El colectivismo metodológico puede adoptar versiones de determinismo: “estructural”, “cultural”, “económico” y “tecnológico”. Las versiones más cercanas al colectivismo metodológico consideran que el pensamiento y el comportamiento individual son determinados por factores tecnológicos, culturales o estructurales. A su vez consideran que “la estructura”, “la cultura”, “la economía”, y “la tecnología” poseen siempre una lógica y una dinámica poderosas. Consideran que los sistemas sociales, culturales o tecnológicos, dominan todo comportamiento o motivación individual. Esos sistemas están sostenidos en su propia teleología. De algún modo actúan sobre los actores individuales, los cuales son llevados tras su estela. Encontramos ejemplos o alusiones del colectivismo metodológico en el marxismo, en la sociología de Émile Durkheim, en la sociología o antropología funcionalista o estructuralista, y en algunas versiones del postmodernismo.

Si se califica a Marx como un colectivista metodológico, como respuesta sus defensores puntualizarán que él reconoció el papel de los individuos. Sin embargo, hay varios pasajes que los desengañarían; por ejemplo, Marx escribió en 1845: “La esencia humana no es una abstracción inherente a cada individuo aislado. En su realidad es el conjunto de las relaciones sociales” (Marx y Engels, 1976, p. 4). El peligro de esta afirmación es que el individuo podría

---

institucionales, reglas o limitaciones. El punto de partida de la teoría de juegos implica siempre –inevitablemente– tanto a los individuos como a las instituciones. Lamento que esto no sea admitido amplia y claramente por sus teóricos. En su lugar, presentan una amplia y descuidada adhesión al “individualismo metodológico”.

verse como una expresión de las relaciones sociales. De manera similar, en una sección de la *Ideología Alemana*, publicada casi al mismo tiempo, Karl Marx y Friedrich Engels (1976, p. 59) escribieron: “Las ideas predominantes no son más que las expresiones ideales de las relaciones productivas dominantes”. Aquí, el riesgo es que las ideas y las voluntades puedan ser consideradas como simples expresiones de las relaciones materiales de la estructura social. Esas formulaciones problemáticas no las encontramos sólo en sus primeros trabajos. Durante el decenio de 1860, Marx (1976, p. 989) describió cómo las formas de actuar del capitalista no son más que la manifestación de las estructuras capitalistas:

Las *funciones* realizadas por el capitalista no son más que las funciones del capital [...] llevadas a cabo *consciente y voluntariamente*. El capitalista funciona sólo como la *personificación* del capital, capital como persona, así como el trabajador no es más que la personificación de la *fuerza de trabajo*.<sup>4</sup>

El problema que presenta esta explicación es que el agente humano aparece completamente fusionado en las “relaciones materiales” y las “estructuras sociales”, sin reconocer la diversidad individual, la variación cultural o sus posibilidades discrecionales. Aunque pueden hacerse múltiples interpretaciones de estos pasajes, Marx no se distancia suficientemente de la interpretación metodológica colectivista.

Durkheim está fuertemente influenciado por Marx, pero rechaza los aspectos “materialistas” del pensamiento de éste. Contra la noción de Marx acerca de que los factores materiales y económicos determinan de algún modo la acción y el pensamiento individual, Durkheim (1982, p. 247) escribió en 1908: “En la vida social todo consiste de representaciones, ideas y sentimientos”. No obstante, en 1897 Durkheim (1982, p. 171) también insiste en que:

Creemos que es fructífera la idea de que la vida social debe explicarse no a partir de la idea que de ella se forman los que participan en la misma, sino de las causas profundas que escapan a su conciencia. También creemos que esas causas deben buscarse en la forma en la cual los individuos se asocian y forman grupos.

<sup>4</sup> La visión marxista acerca de que el capitalismo está fuertemente coaccionado por las estructuras capitalistas fue replicada en Hodgson (1999), donde propongo que existen diferencias trascendentales entre las instituciones capitalistas y las culturas nacionales. Los capitalistas tienen una amplia zona de discreción y su comportamiento no está completamente dominado por las estructuras capitalistas. Consecuentemente, hay una variedad infinita de clases de capitalismo y de diferentes niveles de desarrollo.

Esto ocasiona claramente un problema para Durkheim. Primero, no queda claro el carácter de esas causas profundas. Para ser consistente con el enunciado de 1908, esas causas deben ser también “representaciones, ideas y sentimientos” –posiblemente aquellas compartidas dentro de los grupos o ampliamente difundidas entre la sociedad–. Durkheim falló al intentar resolver este problema y se refugió en metáforas como las de “fuerzas colectivas” y “corrientes sociales”. Durkheim (1982, p. 54) define su concepto básico del “hecho social” en los siguientes términos:

El hecho social es cualquier forma de acción, determinada o no, capaz de ejercer sobre el individuo un límite externo [...] que está generalizado en toda una sociedad dada, teniendo o no existencia propia, independientemente de sus manifestaciones individuales.

No obstante, hay una gran diferencia entre considerar tal fenómeno emergente independiente de su manifestación individual y considerarlo externo a *todos* los individuos. La nota anterior es ambigua. Autorizado por tal ambigüedad y apoyado en sus metáforas sociales, Durkheim tiende, algunas veces, hacia el colectivismo metodológico, en el que la sociedad y las “fuerzas sociales”, de algún modo, dominan y manipulan a todos los individuos.

Como el marxismo, la sociología durkheimiana omite el desarrollo de una teoría que explique, a nivel micro, cómo actúan las estructuras sociales, y cómo éstas se ven afectadas por los propósitos y caracteres individuales. Marx vuelve superflua la psicología al declarar que la esencia humana no es más que el “conjunto de relaciones sociales”. Más explícitamente, Durkheim (1982, p. 129) descalifica a la psicología como ciencia social con su famosa declaración de 1901: “cada vez que un fenómeno social es explicado directamente por un fenómeno psicológico, podemos asegurar sin dificultad que la argumentación es falsa”. Las consecuencias de esas desatenciones y entredichos son altamente nocivas para la teoría social.

Ante la ausencia de una teoría que explique cómo la sociedad puede dirigir la reconstitución de las preferencias o los propósitos individuales, es tentador explicar la acción individual, principalmente, con base en las restricciones que la evolución del organismo social impone a los individuos. Las restricciones institucionales afectan, pero no necesariamente modifican las inclinaciones individuales. Para Durkheim (1982, p. 144) “la vida social se presenta por sí misma al individuo bajo la forma de restricción”. Su concepto de “restricción” parece incluir desde las normas legales y sus sanciones, hasta aspectos de mera conveniencia, comunicación o coordinación.

En ese concepto de restricción social hay una noción del poder que las instituciones ejercen sobre los individuos, sin embargo, ese concepto de poder

social es incompleto por sí mismo. Como argumenta Steven Lukes (1974) en un estudio clásico, el poder tiene múltiples dimensiones. Una posibilidad es que ese poder pueda ser ejercido mediante “coerción, influencia, autoridad, fuerza o manipulación” (p. 17), pero esos mecanismos no involucran necesariamente la alteración de las preferencias, propósitos o valores individuales. Para Lukes, el excesivo énfasis en los aspectos coercitivos del poder ignora que a menudo éste se ejerce sutilmente, sin un conflicto abierto. Lukes (p. 23) escribió:

Para poner la cuestión puntualmente, A puede ejercer poder sobre B, al hacer que éste realice algo que no deseaba, pero también ejercer poder influyendo, formando o determinando sus necesidades. ¿Verdaderamente no es un ejercicio supremo de poder hacer que otro u otros deseen lo que usted quiere –es decir, asegurar su obediencia al controlar sus pensamientos y deseos–?

Tomemos un ejemplo. Si un criminal se desiste de realizar un crimen, simplemente porque él o ella teme ser aprehendido y castigado, entonces el comportamiento es modificado por medio de la disuasión y la represión potencial. Por otro lado, si alguien persuade al criminal de que actuar mal es perjudicial y de que hay formas moralmente superiores de ganarse la vida, entonces el criminal desistirá de llevar a cabo el crimen, incluso si las restricciones y penas percibidas son ineficaces. Las preferencias y propósitos del criminal habrán sido modificadas por medio de la persuasión.<sup>5</sup>

Tanto Durkheim como Marx carecen de una descripción adecuada acerca de cómo son moldeadas las disposiciones individuales. Esa descripción tendría que incluir, necesariamente, mecanismos psicológicos. Sin ellos se alentaría el énfasis sobre las restricciones sociales, antes que sobre la reconstitución generada por los mismos individuos. El énfasis en las restricciones disminuye y los despoja del concepto de poder social, incluso de la dimensión de éste donde los propósitos y las preferencias pueden ser modificadas.

Muchos teóricos sociales han criticado el colectivismo metodológico por hacer del individuo un mero títere de las fuerzas sociales. Además, aquí se argumenta que el principal problema del colectivismo metodológico no sólo es minimizar al individuo sino, fundamentalmente, prestar insuficiente atención a los procesos y mecanismos por medio de los cuales el individuo es transformado. Una de las consecuencias generadas por la fusión del individuo con la

<sup>5</sup> Alternativamente, Stigler y Becker (1977) argumentarían que no hubo una modificación de las preferencias, que, en su lugar, el persuasor simplemente reveló nueva información al actor. Sin embargo, éstos suponen una (meta) función de preferencias que es capaz de adaptarse a una inmensa variedad de contingencias que exceden las capacidades computacionales y de memoria de cualquier cerebro humano.

estructura es la pérdida de visión no sólo del individuo, sino también de los mecanismos de poder e influencia social que pueden ayudar a reconstituir los propósitos o preferencias individuales. Puede parecer paradójico, sin embargo, sólo rescatando al individuo de esa fusión con lo social podrá apreciarse completamente la determinación social sobre la individualidad.

A pesar de la batalla centenaria entre individualistas y colectivistas metodológicos, ambos tienen mucho más en común de lo que generalmente es admitido. El individualismo metodológico define lo social con base en el individuo, perdiendo de vista los principales mecanismos de la influencia social, viéndose obligado, consecuentemente, a considerar las preferencias y los propósitos individuales como dados. El colectivismo metodológico, por su parte, define al individuo con base en la sociedad y deja de lado, por tanto, una explicación o un reconocimiento adecuado sobre la forma en que los propósitos y preferencias individuales pueden ser modificados. Los objetivos de ambas explicaciones son diferentes, sin embargo, presentan resultados similares en aspectos esenciales; por ejemplo: no hay ninguna explicación adecuada sobre la forma en que las instituciones pueden reconstituir los propósitos y las preferencias individuales. Típicamente, ambos enfoques no toman en cuenta el valor y el papel de la psicología en la explicación del fenómeno social. Ambas metodologías culminan en un concepto de poder social disminuido, y en un excesivo énfasis analítico de la coerción y la restricción, antes que en un mecanismo sutil de influencia social.

Por consiguiente, si dentro de la teoría social el debate simplemente se mueve hacia adelante o atrás a lo largo de la línea ubicada entre estas dos posiciones, entonces no podrá ser capaz de examinar y escapar de esos dos supuestos comunes. Hay dos polos mutuamente implicados en este dualismo equívoco e insostenible; ambos han fallado de manera evidente en el objetivo de conducir a la teoría social fuera del *impasse* en el que estuvo durante el siglo XX.

### 3. LAS INSTITUCIONES Y LA IMPORTANCIA DEL PASADO

Muchos teóricos sociales, incluyendo a Norbert Elias (1978), Pierre Bourdieu (1977), Roy Bhaskar (1979), Anthony Giddens (1984) y Margaret Archer (1995), han intentado construir un enfoque intermedio entre el colectivismo metodológico, el determinismo estructural y el funcionalismo, por un lado, y las formulaciones subjetivistas, individualistas y voluntarias, por otro. Sin embargo, en Estados Unidos ha existido una tradición de pensamiento mucho más temprana, que incluye los trabajos de Cooley (1902) y Thorstein Veblen (1899, 1919), que ha intentado trascender, también, tanto el individualismo como el colectivismo metodológico. No obstante, al interior de ambas tradiciones hay

diferencias importantes. Por ejemplo, tanto el trabajo de Cooley como el de Giddens pueden ser caracterizados como la “teoría de cariz dual”, en el sentido de las palabras de Cooley (1902, p. 1-2): “sociedad” e “individuos” no denotan fenómenos separables sino, simplemente, aspectos colectivos y distributivos de la misma cosa. Para Cooley y Giddens, tanto la sociedad como el individuo son abstracciones de un solo proceso.

Una objeción que se puede hacer a la teoría del cariz dual es que cualquier agente dado es precedido por estructuras sociales históricamente dadas. Por tanto, agencia y estructura no son aspectos diferentes en un mismo periodo, sino separables en el tiempo. El punto fue argumentado por George Henry Lewes (1879), y antes de él por Auguste Comte (1853) y Karl Marx. Para estos autores el pasado domina el presente; nos adaptamos a un mundo que existió antes de que nacióramos. Este mundo fue creado en gran parte por aquellos que hoy están muertos, pero que en ciertos aspectos puede ser modificado por los vivos. Como Lewes (1879, p. 166) expone:

La civilización es la acumulación de experiencias, y puesto que esta riqueza acumulada es la tradición de la raza, podríamos decir, junto con Comte, que el pasado domina más y más el presente, precisamente como el individuo registra experiencias que determinan cada vez más sus opiniones y sentimientos. El conocimiento humano se distingue del conocimiento animal, primordialmente, por esta experiencia colectiva.

Comte y Lewes se dieron cuenta de que la experiencia colectiva liga al individuo con el pasado. Como escribió Karl Marx en 1852 (1973, p. 146): “La tradición de las generaciones muertas es como una pesadilla en las mentes de los vivos”. Esta idea rompe con la simetría entre actor y estructura, introduciendo el tiempo como un ingrediente clave. Como Archer expresó (1995, p. 72): “Ésta es la condición humana, nacer en un contexto social (de lenguaje, creencias y organización) que no es de nuestra invención”. Ella critica la teoría estructurada por Giddens al involucrar una confluencia central que mezcla al agente y la estructura en procesos que actúan en un mismo nivel. Equivocadamente, la dualidad de la estructura de Giddens considera a la estructura y al agente no sólo como constituidos mutuamente sino, incluso, fusionados.

De esa forma, el “curso medio” entre el individualismo y el colectivismo metodológico debe evitar el error de fusionar al individuo con la sociedad. Mientras lo individual sea constituido por la sociedad y los individuos formen a la sociedad, individuos y sociedad son separados y asimétricos, en tanto que la sociedad precede a cualquier individuo.

En este punto podemos introducir un elemento que es central en la tradición de la “vieja” economía institucional. Para Veblen, y otros, las instituciones

son tanto un conjunto de reglas socialmente aceptadas, como hábitos de pensamiento compartidos. Las instituciones son construidas a través del tiempo y personifican el conocimiento compartido y las adaptaciones sociales. Además, como Veblen (1919, pp. 742-743) aclara en un artículo de 1909, las instituciones no funcionan como meras restricciones al comportamiento individual, afectan también las necesidades y preferencias de los individuos en sí:

La conducta individual no sólo está rodeada y dirigida por las relaciones habituales con los sujetos de su grupo, esas relaciones, al presentar un carácter institucional, varían tanto como los escenarios institucionales. Las necesidades y los deseos, el fin y el objetivo, las formas y los medios, el alcance y la amplitud de la conducta individual son funciones de una variable institucional cuyo carácter es sumamente complejo y enteramente inestable.

Esta afirmación equivale a la demostración contundente del poder de las instituciones sobre los individuos. Los cambios institucionales afectan las necesidades y deseos individuales. Las preferencias son endógenas. Veblen (1899, pp. 190, 212), de manera similar escribió: “La situación presente forma las instituciones del mañana, a través de un proceso coercitivo y selectivo, actuando sobre el sentido común del hombre”. Además, una norma social “forma hasta cierto punto sus pensamientos habituales y ejercerá una vigilancia selectiva sobre el desarrollo de las inclinaciones y aptitudes del hombre”.

Para describir ese proceso general por medio del cual las características estructurales pueden afectar y reconstituir al individuo, he usado el término “causalidad descendente”, tal como lo definió inicialmente el laureado Nóbel y psicólogo Roger Sperry (1976, 1991), y fue utilizado por Donald T. Campbell (1974), entre otros.

En los escritos que abordan la noción de “causalidad descendente”, ésta presenta formas fuertes y débiles de causalidad. Campbell (1974, p. 180) la considera, en términos más débiles, como leyes evolutivas actuando sobre las poblaciones: “todos los procesos de los niveles más bajos de una jerarquía son restringidos por las leyes de los niveles más altos y actúan de conformidad con las mismas”. Aquí los procesos evolutivos ayudan a reconstituir a las poblaciones, pero no necesariamente a los individuos. En la versión más débil de la causalidad descendente aplicada a la sociedad humana, las estructuras actúan principalmente como fuerzas disuasivas o restrictivas de la acción individual. Éstas pueden encauzar o modificar el comportamiento humano, pero sin modificar los propósitos o preferencias individuales.

Una noción más elaborada de lo que describo como “causalidad descendente reconstitutiva” involucra tanto a los individuos como a las poblaciones, pero no sólo restringiéndolas, sino también modificándolas, como resultado de los

poderes causales asociados a los niveles más altos. Sperry (1991, pp. 230-231) sugirió una interpretación sólida de la causalidad descendente en el contexto social. Reconoció, por ejemplo, que “un nivel cultural más alto y otros valores adquiridos otorgan la facultad para controlar los rasgos humanos, inherentes y más inmediatos”. Al reconocer que las instituciones pueden “formar [...] ‘hábitos de pensamiento’ e imponer una ‘forzosa adaptación educativa’ sobre los individuos”, Veblen fue adoptando implícitamente un sentido estricto de la causalidad descendente reconstitutiva.

La idea de causalidad descendente ha sido criticada, ya que supone que los procesos del nivel más alto motivan, de alguna manera, que se violenten las leyes físicas del nivel más bajo (Kim, 1992). En términos de la interacción entre los agentes y las estructuras sociales, las objeciones se darían correctamente contra la idea de “fuerzas sociales”, o las mismas “leyes económicas”, actuando directamente sobre las intenciones de los agentes. Si lo social o lo cultural pueden afectar al individuo, entonces esto se dará por medio de los motivos que operan sobre el individuo a nivel psicológico. Si esto es aceptable, el concepto de causalidad descendente reconstitutiva no dependerá de causas o causalidades misteriosas o inexplicables.

Al aclarar su posición, Sperry (1991, p. 230) insistió correctamente en que “los fenómenos del nivel más alto, al ejercer control descendente, no interrumpen ni intervienen en las relaciones causales que componen la actividad del nivel más bajo”. Esto podría denominarse como la regla de Sperry.<sup>6</sup> Asegura que la emergencia, aunque asociada con la aparición de poderes causales del nivel más alto, no genere múltiples tipos o formas de causalidad en un solo nivel. Cualquier causa que emerja del nivel más alto existe en virtud de los procesos causales del nivel menor.

La regla de Sperry excluye el colectivismo metodológico. En su lugar nos obliga a explicar el comportamiento humano en términos de procesos causales que operan a nivel individual, como las aspiraciones, las disposiciones o las limitaciones. Donde entran los factores de mayor nivel es en la explicación más general de los procesos del sistema que originan esas aspiraciones, disposiciones o limitaciones.

Por consiguiente, a nivel del agente humano, no hay ninguna fuerza “cultural” o “económica” mágica controlando a los individuos, salvo la que afecta las disposiciones, los pensamientos y las acciones de los actores humanos individuales. La gente no desarrolla nuevas preferencias, necesidades o propósitos porque los controle una misteriosa “fuerza social”. Siguiendo a Veblen, lo que tiene que analizarse son los mecanismos sociales y psicológicos que originan esos

<sup>6</sup> Se podría desarrollar utilizando el argumento de Humphrey (1997), su contundente respuesta a Kim (1992) y su rigurosa formulación sobre la idea de emergencia, que rebasa algunas de sus críticas recientes.

cambios de preferencias, disposiciones o mentalidades. Es por medio de esos mecanismos que se ejerce el poder social sobre los individuos.

Lo que sucede es que al enmarcar, cambiar y limitar las capacidades de las instituciones sociales se originan nuevas percepciones y disposiciones individuales. Sobre la base de los nuevos hábitos de pensamiento y comportamiento, surgen nuevas preferencias e intenciones. Veblen (1899, p. 190) fue específico con relación a los mecanismos psicológicos involucrados. Las instituciones moldean a los individuos “actuando sobre su punto de vista habitual”. El asunto crucial es reconocer el significado de la causalidad descendente reconstitutiva en los hábitos, más que en el comportamiento, las intenciones o las preferencias.

Para dar sentido a esta afirmación es esencial distinguir entre las definiciones de hábito (como propensión o disposición) y conducta (o acción). Los hábitos los entendemos más como disposiciones que como comportamientos. De acuerdo con Veblen, filósofos pragmatistas y psicólogos instintivos, los hábitos son una propensión o capacidad adquirida que puede o no ser expresada en el comportamiento habitual. Al establecerse el hábito es importante la repetición de la conducta. Sin embargo, el hábito y la conducta no son lo mismo. Si adquirimos un hábito no necesariamente lo ponemos en práctica todo el tiempo. Es una propensión para comportarse de cierta forma en una situación particular. Como John Dewey (1922, p. 42) anota: “La esencia del hábito es una predisposición adquirida hacia formas o modos de respuesta”. La puesta en práctica de los hábitos es en gran parte inconsciente. Los hábitos son repertorios inconscientes de la conducta potencial, que pueden ser provocados o reforzados a partir de un estímulo o contexto apropiado.

El segundo punto también es de vital importancia. Los hábitos y los instintos son la base de la personalidad. La razón, la deliberación y el cálculo emergen sólo después de que se han fijado hábitos específicos; su operación depende de esos hábitos. A su vez, el desarrollo de los hábitos depende de los instintos previos. Los instintos, por definición, son heredados. De acuerdo con esto, la causalidad descendente reconstitutiva no es posible. Sin embargo, en el sentido más débil, la “causalidad descendente” sobre los instintos es posible, simplemente porque éstos existen y, en consistencia, evolucionan con los principios del nivel más alto, tales como las leyes de la evolución. La causalidad descendente actúa al crear y moldear los hábitos. El hábito es el eslabón crucial y oculto en la cadena causal.

#### 4. ALGUNAS IMPLICACIONES EVOLUTIVAS PARA LA TEORÍA SOCIAL Y ECONÓMICA

Habiendo llegado a este punto, es posible mostrar cómo la posición metodológica desarrollada aquí forma y determina algunos de los principales argumentos

contenidos en los ensayos que integran este volumen. Primero, el carácter fundacional de los hábitos es explorado en el ensayo sobre “La ubicuidad de los hábitos y las reglas”. Este trabajo es, quizá, un apoyo en la definición de un concepto funcional de la acción que está recibiendo actualmente amplia atención en la teoría social y filosófica (Joas, 1993; Kilpinen, 2000). Este funcionalismo moderno sigue las visiones más tempranas de Charles Sanders Peirce, William James, John Dewey y George Herbert Mead, y coloca al agente humano en un contexto evolutivo y procesal. Incluso si se acepta que las razones y las creencias pueden motivar las acciones, deben, a su vez, ser exploradas. Esto implica tomar en cuenta los medios sociales del pensamiento y la deliberación, y la evolución de las capacidades intencionales y subintencionales en la especie humana. El hábito tiene aquí un papel crucial como precursor evolutivo y como la base para la deliberación racional.

Claramente, como se sugirió con anterioridad, la idea de una causalidad descendente reconstitutiva socava cualquier explicación enfocada exclusivamente sobre el individuo dado, lo que tiene amplias implicaciones para la economía y otras ciencias sociales. La teoría de la empresa es una de las áreas en donde he analizado algunas de las implicaciones que tiene la noción del individuo formado socialmente. De acuerdo con la teoría de los costos de transacción de Ronald Coase (1937) y Oliver Williamson (1975, 1985), las empresas existen simplemente porque los costos de transacción de organizar la producción bajo esa forma, son menores a los correspondientes a un “mercado” organizado por productores autoempleados. Esto ignora la posibilidad de que la misma firma incremente la eficiencia productiva de los individuos involucrados, proporcionándoles un ambiente estructurado y una cultura corporativa que moldee sus potencialidades individuales. La empresa puede ejercer sobre los individuos una forma de causalidad descendente reconstitutiva, al proporcionarles ventajas productivas superiores en circunstancias particulares. Ese escenario, y sus implicaciones, es explorado en el ensayo “Teorías evolutivas de la empresa basadas en las competencias”, traducido para esta publicación.

Varios ensayos incluidos aquí plantean la discusión sobre el uso de las ideas evolutivas en la economía. Desde mi punto de vista, el término “economía evolutiva” tiene un significado amplio e incluso abarca distintos enfoques. Entre ellos, el de la economía institucional propuesta originalmente por Veblen y otros.

La palabra “evolutiva” no necesariamente remite al darwinismo, no obstante Veblen y otros la definieron a partir de la versión darwiniana del término. La teoría evolutiva de Darwin tiene relación con gran parte de los temas desarrollados en esta introducción. Sin embargo, se debe enfatizar que el uso del darwinismo en las ciencias sociales no necesariamente significa reduccionismo biológico, “darwinismo social” u otros supuestos pecados. Fundamentalmente, la aplicación de las ideas de Darwin en la economía implica un total compromiso con su interpretación causal. La intención de Darwin fue ofrecer una

explicación sobre el origen de la vida en toda su complejidad, sin recurrir a los milagros o intervenciones divinas.

Esto tiene implicaciones inmediatas sobre el tratamiento del agente humano individual. Si el individuo es capaz de deliberar y escoger, estas dos acciones deben tener también una razón y el científico debe buscar una explicación causal para ambas. El individualismo y el colectivismo metodológico han sido rebasados, porque tanto los individuos como las estructuras requieren de una explicación sobre su origen y las causas que los motivan. Como anotó el filósofo de la biología Elliot Sober (1981, p. 95): “La causalidad, en virtud de su transitividad, no ayuda ni conforta al holista ni al individualista. La cadena causal sólo sigue su curso”. La aplicación del darwinismo implica adoptar un enfoque dinámico y procesal en la relación estructura-agente, en la cual, en la explicación, no hay puntos de inicio o final indeterminados. El darwinismo trata esencialmente de los procesos.

Con más detalle; la aplicación del darwinismo en el análisis de la evolución socioeconómica obedece, en parte, a la búsqueda de unidades de selección y replicación, que son únicas en esta teoría. Para Veblen, esas unidades de selección y replicación son los hábitos y las instituciones. Más tarde, Richard Nelson y Sydney Winter (1982) propusieron que las rutinas podrían considerarse como esas unidades.

Gran parte de mi trabajo reciente se ha enfocado a explorar los escenarios en los cuales es posible aplicar las ideas darwinianas al estudio de la evolución social y económica. Una confusión que había que superar se relaciona con la idea de que la propuesta sobre la evolución socioeconómica proviene más de Lamarck que de Darwin. En un ensayo incluido aquí argumento que las teorías de Lamarck y Darwin no son rivales sino complementarias. La evolución socioeconómica es tan darwiniana como lamarckiana.

Sin embargo, estos dos términos no son simétricos. El lamarckismo implica la herencia de las características adquiridas. En el terreno socioeconómico la determinación sobre si las características adquiridas son heredadas es en parte materia empírica. Además, el lamarckismo no proporciona una explicación evolutiva completa. Por otro lado, el darwinismo se adapta más ampliamente a cualquier sistema que involucre una variedad de unidades de replicación con diferentes potencialidades para sobrevivir.

El interés reciente por la aplicación de las ideas evolutivas y darwinianas en el estudio de las ciencias sociales ha motivado la apertura de una agenda de investigación estimulante que refleja las complejidades y los cambios del mundo moderno. Inconscientemente, las ciencias sociales han vuelto a tomar en cuenta la agenda de investigación evolutiva impulsada por Veblen hace más de un siglo. A nosotros nos corresponde continuar hoy con los nuevos desafíos que quedan por delante.

## BIBLIOGRAFÍA

AOKI, MASAHIKO

(2001), *Toward a Comparative Institutional Analysis* (Cambridge, MA: MIT Press).

ARCHER, MARGARET S.

(1995), *Realist Social Theory: The Morphogenetic Approach* (Cambridge: Cambridge University Press).

BHASKAR, ROY

(1979), *The Possibility of Naturalism: A Philosophic Critique of the Contemporary Human Sciences* (Brighton: Harvester), 1ª ed.

BOGDAN, RADU

(2000), *Minding Minds: Evolving a Reflexive Mind in Interpreting Others* (Cambridge, MA: MIT Press).

BOURDIEU, PIERRE

(1977), *Outline of a Theory of Practice*, traducido por Richard Nice (Cambridge and New York: Cambridge University Press).

CAMPBELL, DONALD T.

(1974), "Unjustified Variation and Selective Retention in Scientific Discovery", en Ayala, Francisco J. y Theodosius Dobzhansky (eds.), *Studies in the Philosophy of Biology* (London, Berkeley and Los Angeles: Macmillan and University of California Press), pp. 139-161.

COOLEY, CHARLES HORTON

(1902), *Human Nature and the Social Order* (New York: Scribner's), 1ª ed.

DEWEY, JOHN

(1922), *Human Nature and Conduct: An Introduction to Social Psychology* (New York: Holt), 1ª ed.

DOUGLAS, MARY T.

(1986), *How Institutions Think* (London and Syracuse: Routledge and Kegan Paul and Syracuse University Press).

DURKHEIM, ÉMILE

(1982), *The Rules of Sociological Method*, traducido de la edición francesa de 1901 por W. D. Halls, con una introducción de Steven Lukes (London: Macmillan).

ELIAS, NORBERT

(1978), *The Civilizing Process: The History of Manners*, traducido de la edición alemana de 1939 (Oxford and New York: Blackwell and Urizen).

ELSTER, JOHN

(1982), "Marxism, Functionalism and Game Theory", *Theory and Society*, 11(4), pp. 453-482. Reimpreso en Roemer, John E. (ed.) (1986). *Analytical Marxism* (Cambridge: Cambridge University Press).

(1986), *The Multiple Self* (Cambridge: Cambridge University Press).

FLECK, LUDWIK

(1979), *Genesis and Development of a Scientific Fact*, traducido por F. Bradley y T. J. Trenn de la edición alemana de 1935 (Chicago: University of Chicago Press).

- FRANK, ROBERT H.  
 (1988), *Passions Within Reason: The Strategic Role of the Emotions* (New York: Norton).
- GIDDENS, ANTHONY  
 (1984), *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration* (Cambridge: Polity Press).
- HAYEK, FRIEDRICH A.  
 (1948), *Individualism and Economic Order* (London and Chicago: George Routledge and University of Chicago Press).
- HODGSON, GEOFFREY M.  
 (1988), *Economics and Institutions: A Manifesto for a Modern Institutional Economics* (Cambridge and Philadelphia: Polity Press and University of Pennsylvania Press).  
 (1999), *Economics and Utopia: Why the Learning Economy is not the End of History* (London and New York: Routledge).  
 (2001), *How Economics Forgot History: The Problem of Historical Specificity in Social Science* (London and New York: Routledge).  
 (2004), *The Evolution of Institutional Economics: Agency and Structure in American Institutionalism* (London and New York: Routledge), en proceso.
- HUMPHREYS, PAUL  
 (1997), "How Properties Emerge", *Philosophy of Science*, 64(1), marzo, pp. 1-17.
- JOAS, HANS  
 (1993), *Pragmatism and Social Theory* (Chicago: University of Chicago Press).
- JONES, STEPHEN R. G.  
 (1984), *The Economics of Conformism* (Oxford: Basil Blackwell).
- KILPINEN, ERKKI  
 (2000), *The Enormous Fly-Wheel of Society: Pragmatism's Habitual Conception of Action and Social Theory* (Helsinki: University of Helsinki).
- KIM, JAEGWON  
 (1992), "'Downward Causation' in Emergentism and Nonreductive Physicalism", en Beckerman, Ansgar, Flohr, Hans y Kim, Jaegwon (eds.) (1992). *Emergence or Reduction? Essays on the Prospects of Nonreductive Physicalism* (Berlin: De Gruyter), pp. 119-138.
- KNIGHT, JACK  
 (1992), *Institutions and Social Conflict* (Cambridge: Cambridge University Press).
- LACHMANN, LUDWIG M.  
 (1969), "Methodological Individualism and the Market Economy", en Streissler, Erich W. (ed.) (1969). *Roads to Freedom: Essays in Honour of Friedrich A. von Hayek* (London: Routledge and Kegan Paul), pp. 89-103. Reimpreso en Lachmann, Ludwig M. (1977). *Capital, Expectations and the Market Process*, editado con una introducción de W. E. Grinder (Kansas City: Sheed Andrews and McMeel).
- LEWES, GEORGE HENRY  
 (1879), *Problems of Life and Mind: Third Series*, 2 vols. (London: Trübner).
- LUKES, STEVEN  
 (1974), *Power: A Radical View* (London: Macmillan).

MARX, KARL

(1973), *The Revolutions of 1848: Political Writings—(1)*, editado y prologado por David Fernbach (Harmondsworth: Penguin).

(1976), *Capital*, 1, traducido por Ben Fowkes de la cuarta edición alemana de 1890 (Harmondsworth: Pelican).

MARX, KARL y ENGELS, FREDERICK

(1976), *Karl Marx and Frederick Engels, Collected Works, vol. 5, Marx and Engels: 1845-1847* (London: Lawrence and Wishart).

MEAD, GEORGE HERBERT

(1934), *Mind, Self and Society—From the Standpoint of a Social Behaviorist* (Chicago: University of Chicago Press).

MENGER, CARL

(1871), *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* (Tübingen: J. C. B. Mohr). Publicado en inglés en 1981 como *Principles of Economics*, editado por J. Dingwall y traducido por B. F. Hoselitz de la edición alemana de 1871 (New York: New York University Press).

NELSON, RICHARD R. y WINTER, SIDNEY G.

(1982), *An Evolutionary Theory of Economic Change* (Cambridge, MA: Harvard University Press).

OLSON, MANCUR, JR.

(1965), *The Logic of Collective Action* (Cambridge, MA: Harvard University Press).

POSNER, RICHARD A.

(1973), *Economic Analysis of Law* (Boston: Little, Brown).

SCHLICHT, EKKEHART

(1998), *On Custom in the Economy* (Oxford and New York: Clarendon Press).

SCHOTTER, ANDREW R.

(1981), *The Economic Theory of Social Institutions* (Cambridge: Cambridge University Press).

SOBER, ELLIOTT

(1981), "Holism, Individualism, and the Units of Selection", en Asquith, P. D. y Giere, R. N. (eds.) (1981). *Philosophy of Science Association 1980*, 2 (East Lansing, MI: Philosophy of Science Association), pp. 93-121. Reimpreso en Sober, Elliott (ed.). (1984), *Conceptual Issues in Evolutionary Biology: An Anthology* (Cambridge, MA: MIT Press).

SPERRY, ROGER W.

(1976), "Mental Phenomena as Causal Determinants in Brain Function", en Globus, Gordon G., Maxwell, Grover y Savodnik, Irwin (eds.). (1976), *Consciousness and the Brain: A Scientific and Philosophical Inquiry* (New York and London: Plenum), pp. 163-177.

(1991), "In Defense of Mentalism and Emergent Interaction", *Journal of Mind and Behavior*, 12(2), pp. 221-246.

STIGLER, GEORGE J. y BECKER, GARY S.

(1977), "De Gustibus Non Est Disputandum", *American Economic Review*, 76(1), marzo, pp. 76-90.

UDÉHN, LARS

(2001), *Methodological Individualism: Background, History and Meaning* (London and New York: Routledge).

VEBLEN, THORSTEIN B.

(1899), *The Theory of the Leisure Class: An Economic Study in the Evolution of Institutions* (New York: Macmillan).

(1919), *The Place of Science in Modern Civilization and Other Essays* (New York: Huebsch).

WILLIAMSON, OLIVER E.

(1975), *Markets and Hierarchies: Analysis and Anti-Trust Implications: A Study in the Economics of Internal Organization* (New York: Free Press).

(1985), *The Economic Institutions of Capitalism: Firms, Markets, Relational Contracting* (London: Macmillan).

